



**SUBSISTENCIA Y POBLACIÓN EN LA PALMA  
DURANTE LA GUERRA CIVIL**

**MÓNICA ACOSTA CRUZ  
GENARO PAÍS RODRÍGUEZ  
PETRA PÉREZ GÓMEZ  
SALVADOR GONZÁLEZ VÁZQUEZ**

La mayor parte de los testimonios orales reunidos coincidieron: en La Palma, durante la guerra civil, se vivió «con miseria»<sup>1</sup>. Esta expresión, reiterada con variantes por la mayor parte de las personas encuestadas, se complementaba con otra afirmación: «se comía lo que daba la tierra»<sup>2</sup>. Los habitantes de La Palma se encontraron, al estallar la guerra civil, en medio de una crisis económica, agravada por los efectos de la contienda, que no se superarían hasta avanzada la década de los años 40.

El comercio con el exterior quedó roto. Tanto los envíos de plátanos a Europa como las importaciones de artículos de primera necesidad se redujeron notablemente. La Palma se enfrentaba al hambre porque la isla no tenía recursos para alimentar a su población. Hay que tener en cuenta que la agricultura palmera estaba condicionada por una serie de factores que mermaban su productividad: la poca extensión de los regadíos, limitados a zonas costeras productoras de plátanos; la inexistencia de abonos artificiales que había que importar; y las adversas condiciones naturales, principalmente la acusada pendiente de los terrenos cultivados y la fuerza del viento en determinadas zonas de la isla. Los habitantes de cada comarca tuvieron que alimentarse y vestirse con los medios que les proporcionaba el entorno en que residían: comidas basadas en cereales, papas y plátanos; vestidos, continuamente remendados de lino cultivado, de sacos...

*«Había una especie de autarquía, o de pretendida autarquía, no, de obligada autarquía. El autoabastecimiento no funcionaba totalmente, pero tenía que funcionar, autoabastecimiento no solamente a nivel insular, sino a nivel local. Cada municipio tenía que preocuparse de su abastecimiento»<sup>3</sup>.*



Luis Cobiella, estudiante por aquellos años, prosigue matizando que *«durante la guerra hubo un poco menos de hambre, porque quedaban más reservas que en los años inmediatamente posteriores a la guerra, porque estas reservas se agotaron, reservas de aceite, azúcar, arroz, huevos...»*<sup>4</sup>.

## 1. AUTOABASTECIMIENTO

Si observamos las dietas de los distintos pueblos comprobamos que una parte esencial del consumo se basaban en productos que se cultivaban en el municipio o la comarca. Así, lo confirman testimonios orales de toda la isla. Una ama de casa de Tazacorte afirma *«que se comía lo que se sembraba y algo que se compraba»*<sup>5</sup>.

La dieta fundamental en Tazacorte en una casa de pescadores consistía en cuatro productos; los plátanos, el gofio, el pescado y los frutos secos<sup>6</sup>. En la misma localidad platanera, Saturnino Pérez Pérez, agricultor nos dice que en su casa consistía *«en carne, pescado, gofio, polines<sup>7</sup> y lo que conseguían»*<sup>8</sup>. De sus 14 años, una mujer residente en el barrio de San Borondón recuerda:

*«Lo que más se comía era lo que se cogía, la papa que se sembraba... el boniato y pescado salado y pescado fresco, que aquí siempre había pescado fresco, el pescado salado venía de fuera. Y verduras, un potajito de verduras. El gofio era lo principal»*<sup>9</sup>.

La cena habitual en una familia del mismo barrio consistía en *«gofio escaldado todas las noches, con un casquito de cebolla y una cucharadita de mojo picón»*<sup>10</sup>.

Si observamos la producción agropecuaria de la localidad comprobaremos que los alimentos más consumidos coinciden con los recursos del municipio.

Los plátanos los obtenían de los sobrantes que tenían los almacenes exportadores debido a la pérdida de los mercados nacionales e internacionales. El exportador de plátanos Gregorio Hernández Gómez lo constató al regresar del Madrid republicano:

*«El panorama que encontré en Septiembre a mi llegada a Canarias era desolador... Las plataneras estaban llena de fruta madura, y de mosquitos. Los embarques para la zona nacional eran escasos difíciles e inseguros. Llevábamos dos meses y no*

*se veía el final de la guerra civil y el único mercado que ofrecía ciertas garantías era el alemán, con su puerto de Hamburgo»<sup>11</sup>.*

También se conseguían plátanos como alimento porque muchos propietarios no pagaban los jornales con dinero, sino con plátanos. Un entrevistado de Tazacorte se refiere al salario con fruta: «*once semanas sin pagar y después te pagaban con plátanos*».

El pescado era alimento habitual en un pueblo costero como Tazacorte, donde los pescadores embarcaban cotidianamente. Sin embargo, había días en los que no se obtenían capturas. En alguna ocasión, los militares destacados en el Puerto de Tazacorte se apropiaban de la pesca para llevársela a la guarnición.

Aunque en las zonas costeras del Valle de Aridane se producían plátanos, tomate, caña de azúcar, tabaco e incluso aguacates<sup>12</sup>, una ama de casa nos habla de «*trozos de terreno que cada dueño tenía*»<sup>13</sup>. Estas pequeñas parcelas que poseían algunos habitantes de la localidad eran clave para el abastecimiento de la población, allí se cultivaban las escasas producciones de cereales, legumbres, tubérculos y hortalizas que se consumían en los hogares. Lourdes Gómez Sánchez nos confirma que en Tazacorte se comía «*lo que se cosechaba en esos pedazos de tierra que estaban sin cultivar. Era: —como ya le dije— judías, cebollas, papas, cerdos que se criaban y animales para la leche*».

Por su parte, la carne que se consumía era de los cerdos, gallinas y cabras que se criaban en corrales aledaños a las viviendas. Como en otros pueblos, las personas que compraban la carne en las carnicerías eran las más adineradas del vecindario y, por tanto, una minoría. Este alimento escaseaba porque el ganado se dedicaba al restringido consumo familiar, excepto durante las fiestas, en que se mataba algún animal. Hasta el punto, que los testimonios orales cuentan que la carne se adquiría racionada, pasándose incluso una noche en la cola para poder conseguir carne por la mañana.

En cuanto a la vestimenta, un jornalero de Tazacorte, la describe:

*«La ropa era muy mala, sólo tenía una muda, algunas personas se vestían con faldo (retales que picaban mucho). Las alpargata se hacían con una goma y una tela dura y el hilo también era duro»<sup>14</sup>.*

En el resto de la isla las condiciones de vida eran comunes a las descritas en el pueblo de Tazacorte. Así, el agricultor de Argual An-





tonio Acosta también indica que *«había que comer de lo que daba la tierra... había de lo que se sembraba, porque de fuera no venía nada»*<sup>15</sup>. La misma economía de autoconsumo se detecta, pues, en el municipio de Los Llanos de Aridane donde otro jornalero confirmaba que *«se pasaban ganas de comer y se comía lo que se cosechaba en el campo»*<sup>16</sup>. Una ama de casa del barrio de Argual nos describe la situación de aquellos años:

*«Había muchísima hambre, muchísima necesidad de montones de cosas... los pobres se iban a los Barros y cogían jaramagos, los traían, los guisaban con una cucharita de manteca, los revolvían con gofio y eso eran lo que comían porque la gente no tenían nada que comer. Se robaba mucho en los campos, (sobre todo) los boniatos porque las gentes se iba a morir de hambre y entonces tiraban a lo que fuera»*<sup>17</sup>.

El extenso testimonio de Don Pedro, agricultor de 96 años nos ofrece una panorámica de las dietas y los cultivos en Los Llanos de Aridane:

*«Lo más que se comía antes era lo que producía la tierra; el boniato, la papa, el maíz para el gofio, el trigo, se hacían las ligas del grano y se hacía el gofio y se comía. Y el pescado. Se pescaba por los pescadores y las barqueras salían corriendo vendiéndolas con las cestas cargadas. Eso era lo que se comía, lo que producía la tierra; la cebolla, el ajo, la pimienta... Y la fruta. Y el ganado que se criaba la cabra, la vaca... todo el mundo tenía sus animalitos, criaban los cochinos, cada individuo criaba su cochinito, en el invierno los mataba y tenían la comida ya, con gofio escaldado, amasado»*<sup>18</sup>.

En los municipios costeros con agricultura de exportación abundaban la pesca y los plátanos, en las restantes comarcas insulares, los producción agropecuaria se basaba en el cultivo de cereales para el gofio, las papas y la carne, principalmente la de cerdo. Estos cultivos compusieron la dieta de la mayor parte de los palmeros.

Así, un agricultor de Garafía recordaba que los alimentos más comunes se obtenían de *«lo que se sembraba en los trozitos de tierra que tenía (poco) y lo que cogían del racionamiento que era todo por medio de una tarjeta»*. Los cultivos principales que recuerda en Garafía durante la década de los 30 fueron los *«cereales, papas y grano»*<sup>19</sup>.



También en Tijarafe Francisca Rodríguez González vivió una experiencia similar. Según recuerda, «los campos eran cultivados. Todo el mundo sembraba donde quiera que tenía un fisco. Y se sembraba, se segaba, se trillaba y se recogía todo esto para comer porque no había otra cosa»<sup>20</sup>. Recuerda comer potajes compuestos de coles, papas y legumbres. El vino de la tierra también integraba la dieta de los habitantes de esta población. En sus campos se cultivaban almendros, el trigo, la cebada, los chícharos, las papas, las legumbres. Asimismo se cultivaba el lino para elaborar vestidos. «Gofio era lo más que se comía y frutos secos -puntualiza Doña Francisca- que era lo que la gente cosechaba y iba almacenando en las casas para comer en el invierno»<sup>21</sup>.

Igual en el vecino pueblo de Puntagorda. «Gofio», contestó Virgilio Sánchez a la pregunta de ¿cuál era el alimento más frecuente de su dieta?. Los campos de su villa estaban cultivados de cereales. También mantenían en corrales cabras, cochinos y vacas que les proveían de carne y de leche. «Hubo mucha miseria, —concluye—, la comida era todo lo que cogían en el campo»<sup>22</sup>.

Un agricultor y ganadero, en este caso de El Paso, nos dice que los cultivos principales de la localidad eran «trigo, cebada, centeno, papas y tabaco». La dieta la componían «el gofio, la leche, las papas, el mojo, higos pasados y tunos, queso...». Según su testimonio «nunca fue a la venta a comprar nada... yo trabajaba y comía»<sup>23</sup>.

En Breña Baja, una ama de casa nos informa que la comida era gofio, pescado, carne, papas, boniatos. En los campos del pueblo se cultivaba trigo, cebada, centeno, maíz, papas y legumbres, y precisa que durante la guerra civil «había poca comida». Al igual que en otras localidades, los plátanos no se arrancaron pero se compaginaron con cultivos de subsistencia a los que se les dio mayor preeminencia. Se comía «lo que se sembraba dentro de los plátanos, judías y papas, porque dinero no había»<sup>24</sup>.

En S/C de La Palma, las privaciones se agravaron por ser zona urbana. Así, los testimonios orales afirman que en la capital de la isla el desabastecimiento fue mayor debido a la carencia de zonas de producción de alimentos suficiente para la población concentrada. La situación de los sectores sociales carentes de dinero y de tierra era desesperada.

## 2. COMERCIO INTERIOR

Para variar y aumentar las posibilidades de su dieta, las distintas localidades de la isla establecieron un comercio interno, perjudicado



por la deficiente red de carreteras que tenía la isla, que obligaba a realizar gran parte del comercio por mar, en líneas de cabotaje que rodeaban su contorno. Este comercio interior se hacía a base de trueque, teniendo la moneda una circulación menor en aquellos años.

Una muestra de este tipo de relaciones la tenemos en los intercambios que se produjeron entre Tazacorte, Tijarafe y Puntagorda. El gofio en Tazacorte se hacía a base de plátanos, y cuando se conseguía, a base de grano molido. Este grano se traía de Tijarafe a través de un comercio interno consistente en canjear pescado por el grano que traían los campesinos de Tijarafe, que también aportaban frutos secos al trueque. Los testimonios orales confirman que los pescadores de Tazacorte también iban al Porís de Puntagorda para intercambiar pescado por sacos de papas, higos y frutos secos. Durante los tres años de guerra, productos como los tunos, las almendras, los higos secos y los nísperos de Tijarafe y Puntagorda eran adquiridos a cambio de plátanos y pescados de Tazacorte.

Otras líneas de comercio interior se establecieron entre los Llanos de Aridane, Breña Alta y Breña Baja de donde se traía orégano y, a cambio, se daba higos pasados, almendras y mojo. De Tazacorte venía el pescado que en La Laguna, barrio rural de Los Llanos de Aridane, intercambiaba por altramuces y habas.

### 3. RACIONAMIENTO

Las mercancías eran escasas, pues el comercio que mantenía la isla con el exterior se quebró y, por tanto, las pocas cantidades de productos importados que arribaban eran racionadas. El tráfico de buques decreció ostensiblemente durante la guerra civil y con ellos el tonelaje. Azúcar, aceite, carne, maíz, arroz, jabón, telas serán productos racionados. El testimonio oral proporcionado por Luis Cobiella nos confirma que el número de barcos en el puerto de S/C de La Palma disminuyó radicalmente. Lo mismo sucedió en el puerto de Tazacorte, donde el tráfico se basaba en la exportación de plátano y tomates en buques que posteriormente regresaban cargados de productos peninsulares o extranjeros que se distribuían por el Valle de Aridane.

Las cantidades repartidas siempre eran insuficientes para atender las necesidades de las familias palmeras. Testimonios orales procedentes de la población de Puntagorda afirman para una familia de 4 personas y durante un mes se daban las siguientes cantidades:

- 1 kg de Arroz
- 16 kg de Millo
- 1 lt de aceite
- 1 kg de azúcar.

En Tazacorte, una ama de casa del barrio de San Borondón recibía cada mes «1 kg. de maíz por cabeza, 5 kg de maíz por casa, 1/4 litro de aceite, la leche en polvo, queso amarillo (250 gr. por casa), azúcar escasa..»<sup>25</sup>.

Los productos se adquirían mediante una cartilla de racionamiento que indicaba el cupo limitado al que tenía derecho el comprador. Uno de los problemas que tenían las cartillas de racionamiento era que no toda la población tenía recursos para pagar el cupo a que tenía derecho, entonces el comerciante podía vender las cantidades no pagadas a las personas más adineradas.

Los tejidos también podrían ser considerados artículos de primera necesidad. Las telas para elaborar los vestidos escasearon y estuvieron racionadas. Al igual que ocurría con los alimentos, aquellos productos de vestir que escaseaban eran sustituidos por sucedáneos. Así, para hacer un zapato se ponía de planta una suela de goma sobre la que después con hilo de bala se confeccionaba el resto del zapato. En los Llanos de Aridane, se fabricaban zapatos con suelas de arpagatas viejas y con pieles curtidas de cabra y oveja<sup>26</sup>. En muchas localidades se utilizaban sábanas confeccionadas a base de sacos de azúcar —más suaves que otros sacos—, cosidos entre sí.

Una ama de casa de Puntagorda recuerda que en la guerra civil «se pasó muy mal porque todo estaba racionado. No tenían jabón, ni ropa para vestir, ni tampoco sal (la sal la iban a buscar a la orilla del mar)»<sup>27</sup>.

#### 4. DIFERENCIAS SOCIALES

La crisis económica es superada de distinta forma según se resida en medios urbanos o en zonas rurales, según la clase social a la que se esté adscrito, e incluso, según al bando político en que se milite.

«...el hambre —nos informa Luis Cobiella—, la padecieron una serie de familias de clase media o clase media baja, que hasta entonces no habían padecido el hambre y que pertenecieron a los rojos. El hambre la padecemos todos, pero siempre las



*persona del movimiento era más amiga y tenía más posibilidades de conseguir, pues... un cupo más de la cartilla o un regalo más de un kilo de azúcar, que las otras familias. Las familias medias o medianas de izquierda, esos padecieron hambre porque hambre no la habían padecido, no estaban hechas a eso y eran menos auxiliadas que las familias del Movimiento... quien más sufrió fue la clase media, la clase media baja, que accedió a pobre»<sup>28</sup>.*

Las diferencias sociales influían en la capacidad que los distintos sectores sociales tenían para esquivar los efectos más negativos de la penuria.

Un agricultor y ganadero del municipio de El Paso afirmaba que «*el que cosechaba tenía comida y el que no, no*». Él poseía «*muchos terrenos*» y disponía de una alimentación suficiente «*leche, gofio, queso, higos pasados, carne cochino, pan*»<sup>29</sup>.

Lourdes Gómez Sánchez nos confirma que en Tazacorte comía «*él que tenía terrenos, él que no lo tenía, no podía comer*»<sup>30</sup>.

Aquellas personas que tuvieran terrenos o ingresos tenían más posibilidades de sobrevivir en mejores condiciones. Ebelia Martín era hija de comerciante de Los Llanos de Aridane, su experiencia nos sirve para ilustrar las diferencias sociales, pues, mientras lo que más recordaba de la guerra civil era «*el hambre que pasó la gente*», en su caso comió «*de todo porque los padres que me criaron tenían un comercio y podía comer de todo*». Su padre, comerciante de la localidad, ingresaba 36.000 pesetas mensuales.

Los asalariados de las distintas localidades que carecían de propiedades y empleo, tras el estallido de la contienda se vieron incapaces de proveer sus necesidades básicas. Los testimonios orales refieren que el trabajo era escaso, y cuando se conseguía, mal pagado. Los salarios eran «*mezquinos*» nos dice una ama de casa de Tazacorte<sup>31</sup>. Los habitantes entrevistados relatan que trabajaban principalmente en el campo o en las obras públicas. Nico iba a trabajar a las fincas de Tazacorte, aunque también por estas fechas empezaron a hacer la carretera del Time y el Canal de Tenerra, donde los trabajadores se turnaban por quincenas<sup>32</sup>. En Puntagorda la jornada en el campo era de sol a sol, «*a los hombres le pagaban cuatro pesetas y a las mujeres menos*»<sup>33</sup>. Un ama de casa de la misma localidad concreta que le pagaban 2 pesetas por trabajar todo el día<sup>34</sup>.

Un empleado de Tazacorte afirmaba que «*era poco lo que se ganaba y mucho lo que se trabajaba. Se ganaban siete duros a la semana y se trabajaba de sol a sol en un almacén de plátanos*»<sup>35</sup>.





Don Pedro relata que *«estaba empleado cuando la guerra y no cobraba un duro porque no había dinero»*. Sin dinero y sin tierras se vivía a expensas de las donaciones de otros habitantes, de las instituciones benéficas de la localidad, de las limosnas, e incluso, del robo. En Puntagorda, Virgilio Sánchez nos revela otra posibilidad cuando a la pregunta —*«¿Había gente rica?»*—, contesta:

—*«Los Marantes y los Sotomayores y algunas personas que tenían trozos de tierras y podían comer.*

—*«¿Si había gente que no poseía tierras, cómo podrían sobrevivir?»*

—*Pues, las gentes que tenían estas tierras los ayudaban, es decir, las tenían a negocio. Unos ponían las tierras y otros la mano de obra y dividían la cosecha»*<sup>36</sup>.

Signos externos como la vestimenta servían a quienes vivieron aquellos años para describirnos las desigualdades sociales. Mientras unos iban descalzos y con pantalones remendados otros llevaban zapatos y su ropa no tenía recosidos. A título indicativo, nos sirve de aproximación el hecho de que en una familia acomodada la ropa estaba *«bien»*, pero *«remendada»*. *«La de dentro se cambiaba cada semana y la de fuera cada ocho días»*<sup>37</sup>. Los estudios también servían como baremos para distinguir las diferencias sociales. Así, Nico nos dice que la gente que estudiaba era gente rica, existía poca gente que estudiara, como también había pocos maestros<sup>38</sup>. Los hijos de los trabajadores pobres no tenían otra alternativa que trabajar<sup>39</sup>.

## 5. MECANISMOS DE SOLIDARIDAD

Los jornaleros que no poseían propiedades se vieron desabastecidos de alimentos. Este desabastecimiento de las clases sociales más bajas se paliaba en parte por los mecanismos de solidaridad que se activaron. Vecinos, familiares y amigos más afortunados distribuían una parte de su cosechas entre sus allegados más desfavorecidos. Una niña de 10 años, hija de una familia rica de Puerto Naos (Los Llanos de Aridane), recuerda que *«en mi casa dábamos boniatos a las gentes que pasaban pidiendo»*<sup>40</sup>. En Los Llanos de Aridane, Ebelia Martín, hija de prósperos comerciantes, recuerda que *«sus padres daban un plato de comida a la gente que pasaba por allí»*<sup>41</sup>. El testimonio de Lourdes Gómez Sánchez también es esclarecedor:

*«...lo que se comía era lo que se cosechaba en los campos, la que tenía, y la que no tenían, pues le dábamos alguna cosa para ayudarle»<sup>42</sup>.*



## 6. INSTITUCIONES BENÉFICAS

Para paliar la penuria intervenían las instituciones públicas y, alentados por organismos oficiales, la iniciativa privada. Una muestra fueron los comedores económicos y los subsidios para viudas, ancianos, familiares de soldados en el frente etc. Los comedores económicos surgieron en el mes de septiembre de 1936, en la capital de la isla. Su objetivo fue alimentar a los pobres, principalmente niños de la localidad. Así lo explica uno de sus promotores desde las páginas de la prensa palmera:

*«El número de niños que diariamente van a comer allí oscilan sobre los cien; cien angelitos que da pena y alegría verles en sus mesas, y hasta con la mayor corrección, satisfacer el apetito propio de su edad».*

Más adelante, aporta más datos sobre los acogidos a esta iniciativa benéfica:

*«Además de estas cien criaturas se da comida a más de cuatrocientos pobres, básteles saber que actualmente se están repartiendo 560 raciones por la mañana y otras tantas por la tarde, juntamente con sólo 300 libras de pan que diariamente se compran, porque el presupuesto no alcanza para más».*

La principal fuente de financiación eran las aportaciones de personas privadas.

*«(Los comedores económicos) se sostienen, merced a las aportaciones que algunas personas se han comprometido a hacer mensualmente. El importe de la cantidad hasta ahora suscripta asciende solamente a unas dos mil y pico de pesetas».*

Esta cifra era insuficiente para atender a las necesidades que creaban los efectos de la crisis económica sobre la población.

*«En los pocos días que llevamos trabajando, hemos podido observar, que no solamente se quedan algunos sin poder llevar*

*la ración a su casa, sino que hay necesidad de restringir el número y la cantidad de los que piden para poder atender a todos, y tenemos la seguridad de que aún no han acudido otras muchas personas necesitadas que seguramente habrán de hacerlo pronto. Desearíamos, porque lo creemos necesario, dar mayor amplitud a todo esto, dar por lo menos a los chiquitos, su desayuno de leche y gofio o pan, y hasta llegar a vestir a los más necesitados que sus padres no pueden hacerlo, pero nos encontramos, que en los días que llevamos de prueba las necesidades a cubrir son superiores a las cantidades de que vamos a disponer, y por eso me dirijo a todos en súplica de que hagan el máximo esfuerzo y contribuyan al sostenimiento de esta buena obra»<sup>43</sup>.*

Financiadas por los sectores más pudientes de la sociedad, y servidas principalmente por personal juvenil o femenino de las organizaciones falangistas, estas iniciativas se extenderían a lo largo de la guerra por otros pueblos de la isla. Así, los testimonios orales relatan que en el pueblo de Tazacorte se repartía entre sus habitantes leche en polvo y bolas de queso amarillo. En la misma localidad, «había un comedor que daba de comer a los viejos. En un solar grande, hacían la comida allí y la traían a donde está la avenida. Los viejos comían y después salían con sus cazos con la ración de por la noche... después antes de salir les pinchaban una cartilla de racionamiento que tenían»<sup>44</sup>.

También se repartía entre los estratos más pobres de la población de Tazacorte leche aguada y pan bajo en peso. En Los Llanos de Aridane, Ebelia Martín, recuerda ir «con la Juventud (de Falange) a una especie de comedor a ayudar a pelar papas»<sup>45</sup>.

## 7. CONCLUSIONES

El primer círculo en que se distribuían los alimentos producidos por la agricultura insular era el entorno familiar. Las parcelas, pequeñas o grandes, tenían la misión de sostener a los integrantes de las familias. Este primer círculo de la economía de subsistencia se rebasaba cuando una porción de la cosecha se destinaba al trueque con vecinos o habitantes de otras localidades, a la venta, o al intercambio con los comerciantes locales para hacerse con productos racionados. Papas, maíz, huevos,... eran trocados por hilo, azúcar, vestidos... El nivel adquisitivo de la población era escaso, así que, posteriormente,



las clases medias y altas de la poblaciones eran las principales compradoras de los productos expuestos en los almacenes, los mercados y las tiendas. Un extenso sector de la población, que no poseía tierras de las que proveerse, ni empleo para percibir ingresos, se encontraba al borde de la supervivencia. Se activaron entonces mecanismos de solidaridad que mitigaron el hambre de este grupo social. Una fracción de las producciones familiares trasgredieron el consumo entre parientes para donar, regular o esporádicamente, a aquellos vecinos y allegados más desfavorecidos, unos kilos de papas, unas verduras, un poco de grano... Los testimonios orales son rotundos y evidencian que, ni la solidaridad entre los habitantes de los pueblos, ni la beneficencia oficial fueron suficientes para acabar con la miseria de la época. Así pues, el estudio de los testimonios orales nos permite concluir, que una de las secuelas más importantes de la guerra civil en La Palma fue el hambre.





#### BIBLIOGRAFÍA

- GÓMEZ HERNÁNDEZ, Gregorio: *Los Plátanos*. Impre. Rapid S.A. Barcelona, 1991.
- RODRÍGUEZ BRITO, Wladimiro: *La Agricultura en la isla de La Palma*. Instituto de Estudios Canarios CECEL. Tenerife, 1982.
- LEÓN GARCÍA, José: *La población del Valle de Aridane en La Palma (1857-1981)*. Universidad de La Laguna, 1983.

#### PRENSA

*Diario Acción Social*. Archivo La Cosmológica de S/C de La Palma.

#### ARCHIVOS

*La Cosmológica*. S/C de La Palma.  
*Archivo sonoro del Instituto José María Pérez Pulido*. Los Llanos de Aridane.



NOTAS

1. Testimonio de S/N. Ama de Casa. 79 años. Los Llanos de Aridane.
2. Testimonio de S/N. Cabrero y Carpintero. 73 años. Los Llanos de Aridane.
- Testimonio de S/N. Agricultor. 92 años. El Paso.
3. Luis Cobiella. Estudiante. S/C de La Palma.
4. Luis Cobiella. Estudiante. S/C de La Palma.
5. Jesús María Gómez Gómez. 72 años. Ama de Casa. Tazacorte.
6. Aleida Gómez Camacho. Ama de Casa. 68 años. Tazacorte.
7. *Plátanos verdes guisados con sal. Una vez guisados, se pelan y se rocían con unos ajos dorados en aceite.*
8. Saturnino Pérez Pérez. 77 años. Agricultor. Tazacorte.
9. S/N. Ama de Casa. 71 años. Tazacorte (barrio de San Borondón).
10. S/N. Ama de Casa. 71 Años. Tazacorte.
11. HERNÁNDEZ GÓMEZ, Gregorio: *Los Plátanos*. Impre Rapid S.A. Barcelona, 1991.
12. Jesús María Gómez Gómez. 72 años. Ama de Casa. Tazacorte.
13. S/N. Ama de Casa. 71 años. Tazacorte (barrio de San Borondón).
14. S/N. 76 años. Agricultor y camarero. Tazacorte.
15. Antonio Acosta. 78 años. Agricultor. Argual.
16. S/N. 79 años. Jornalero. Los Llanos de Aridane.
17. S/N. 78 años. Ama de Casa. Los Llanos de Aridane (barrio de Argual).
18. Don Pedro. Agricultor. 96 años. Los Llanos de Aridane.
19. S/N. Agricultor. 85 años. Garaffa.
20. Testimonio de Francisca Rodríguez González. Ama de Casa. Tijarafe.
21. Testimonio de Francisca Rodríguez González. Ama de Casa. Tijarafe.
22. Virgilio Sánchez. Agricultor. Puntagorda.
23. Manuel Díaz Pino. 76 años. Agricultor y ganadero. El Paso.
24. S/N. Ama de Casa. 90 años. Breña Baja.
25. S/N. 71 años. Ama de Casa. Tazacorte (Barrio de San Borondón). Su familia estaba integrada por seis miembros.
26. Claudina. 76 años. Los Llanos de Aridane. Ama de Casa.

27. Petra Hernández Lorenzo. 70 años. Ama de Casa/Agricultora. Puntagorda.
28. Luis Cobiella. Estudiante. S/C de La Palma.
29. Manuel Díaz Pino. 76 años. Agricultor y Ganadero. El Paso.
30. Lourdes Gómez Sánchez. 68 años. Ama de Casa. Tazacorte.
31. Jesús María Gómez Gómez. 72 años. Ama de Casa. Tazacorte.
32. Nico. Jornalero. 78 años. Los Llanos de Aridane.
33. Petra Hernández Lorenzo. 70 años. Ama de Casa/Agricultora. Puntagorda.
34. S/N. 73 años. Agricultora y ama de casa. Puntagorda.
35. S/N. 84 años. Empleado de almacén. Tazacorte.
36. Virgilio Sánchez. Agricultor. Puntagorda.
37. S/N (mujer). 10 años. Puerto naos (Los Llanos de Aridane).
38. Nico. Jornalero. 78 años. Los Llanos de Aridane.
39. S/N. 79 años. Jornalero. Los Llanos de Aridane.
40. S/N (mujer). 10 años. Puerto Naos (Los Llanos de Aridane).
41. Ebelia Martín. 68 años. Estudiante. Los Llanos de Aridane.
42. Lourdes Gómez Sánchez. 68 años. Ama de Casa. Tazacorte.
43. YANES, Armando: «A los habitantes de esta ciudad». *Acción Social*, 24 y 25 septiembre 1936.
44. Aleida Gómez Camacho. Ama de Casa. 68 años. Tazacorte.
45. Ebelia Martín. 68 años. Estudiante. Los Llanos de Aridane.

